

ETIOPIA: FINAL DEL REINADO DE HAILE SELASSIE

(I)

El pasado 12 de septiembre, las autoridades militares que controlan Etiopía desde el mes de abril han depuesto al emperador Haile Selassie, poniendo fin a uno de los ciclos más importantes en la historia del milenarismo imperio¹.

Al desenlace de este acontecimiento han concurrido diversas causas de índole interna, entre las que se pueden destacar la corrupción de todos los altos dignatarios², la ineficacia y pasividad de las autoridades ante la catástrofe nacional impuesta por seis años de sequía que ha devastado el país causando centenares de millares de muertos y, finalmente, la hostilidad de estudiantes y militares progresistas, además de otras muchas razones a las que vamos a referirnos.

No obstante, y a despecho del peso específico de estos motivos decisivos, conviene fijar la atención en una circunstancia que suele pasar desapercibida y que es susceptible de alcanzar la máxima importancia para el futuro de la política mundial. Aludimos al hecho significativo de que la mayor parte del África oriental haya entrado, casi simultáneamente, en un período de franca ebullición. Los acontecimientos de Etiopía no pueden aislarse del

¹ Haile Selassie I, emperador de Etiopía, nació el 23 de julio de 1891 en Harrar. Bisnieto del rey Sehla Makonnen e hijo del virrey ras Makonnen, uno de los grandes generales de Menelik II, pertenece, por el origen de su familia, al linaje salomónico. La tradición imperial etíope afirma, en efecto, que procede del rey Salomón y de la reina de Saba. En su lecho de muerte, el emperador Menelik designó a su nieto Yassu, primo del joven Haile Selassie, como sucesor suyo. Al abjurar la religión oficial, Yassu fue destituido en 1916 por los grandes dignatarios del imperio y reemplazado por su tía, la princesa Judith, que se apoderó del trono con la ayuda del ras Tafari (nombre de pila de Haile Selassie), que fue proclamado heredero del trono y regente. En 1930 sucedió a la emperatriz Judith y fue coronado emperador (Negus) con el nombre de Haile Selassie I, «Fuerza de la Trinidad», «León conquistador», «Elegido de Dios», «Defensor de la fe», etc.

² Haile Selassie había acumulado una inmensa fortuna personal—que se cifra en unos 10.000 millones de dólares—, que tiene depositada en bancos extranjeros, principalmente suizos.

contexto de otras acciones decisivas que están sucediendo en Somalia, Uganda y Mozambique, así como de las que ocurrieron, en fecha reciente, en Madagascar³. Si el panorama africano-oriental se contempla de una forma global, trascendiendo de los hechos puramente locales, hemos de llegar, inevitablemente, a la consecuencia de que la concatenación de acontecimientos parece ajustarse a las sucesivas fases de un plan estudiado meticulosamente y cuyo desarrollo pudiera obedecer a una batuta de magistral experiencia. A la luz de cuanto está aconteciendo en el Africa oriental, no resulta aventurado deducir que aquella parcela del orbe ha de producir un impacto decisivo en el equilibrio militar entre el Este y el Oeste, según descubrirán los antecedentes previos que vamos a exponer.

En Etiopía, los acontecimientos que han desembocado en el destronamiento de Haile Selassie se iniciaron el pasado mes de abril, fecha en que asumió prácticamente el poder una Junta de jefes militares que ha desarrollado pausadamente, pero sin interrupciones, una acción conducente a privar al emperador—cuyo prestigio interno era considerable, pese a sus errores—de todos sus poderes y aislarle de los elementos adictos antes de proceder a su derrocamiento y detención. Medio año ha necesitado la Junta para coronar su obra de destronamiento, lo que se debe al arraigo que poseía la figura del «rey de reyes» entre las masas populares y se necesitaba un largo período de progresivo desprestigio del soberano, divulgando acusaciones que han ido calando en el ánimo popular, especialmente en las ciudades.

Los sucesos de abril no surgieron de forma súbita o espontánea, sino que pueden considerarse como la consecuencia lógica de cuanto ha ocurrido en el país durante los tres últimos lustros, como demuestran los antecedentes que vamos a exhumar. Por lo pronto, en una primera aproximación al problema, cabe afirmar que Etiopía ha sido, tal vez, el último reducto del feudalismo en el planeta. Lo fue durante dos milenios y lo ha seguido siendo durante los cuarenta y cuatro años de reinado de Haile Selassie. Era una realidad que nadie ignoraba, y por esto resulta irónico que cuando, en 1935, la Italia mussoliniana iniciara la invasión del territorio etíope, el mundo estuviese a punto de lanzarse a una conflagración bélica general para defender la «libertad» abisinia, que consistía—pese a todos los discursos que se pronunciaron en la Sociedad de Naciones—en la continuación de la bárbara opresión de todo un pueblo por unas autoridades de corte medieval.

³ Julio COLA ALBERICH: «Notas sobre la evolución política de Madagascar», números 125, 126 y 127 de esta REVISTA.

Fue el 14 de diciembre de 1960 cuando saltó al primer plano de la actualidad internacional la noticia de un golpe de Estado ocurrido en Etiopía mientras que el soberano se encontraba visitando oficialmente Brasil por invitación del presidente Kubitschek. Las circunstancias que rodearon aquel acontecimiento nunca han sido debidamente aclaradas. Según las informaciones radiadas por los amotinados en las primeras horas de la intentona, el príncipe heredero, Asfa Uassen, había asumido la presidencia del nuevo Gobierno, «contando con el apoyo de las fuerzas armadas, la policía y la juventud instruida». La proclama agregaba que el nuevo Gobierno *«pondrá fin a tres mil años de injusticia en los que el etiope medio no consiguió salir de la pobreza y de la ignorancia, en que las leyes se hicieron para privar de sus derechos a las masas, para encumbrar a los ricos y favorecer a unos pocos»*. Como puede observarse, las razones entonces alegadas guardan una sorprendente similitud con las que ahora exhiben los militares que controlan el poder, y cuya veracidad no puede ponerse en tela de juicio, porque ha sido corroborada por las realidades, puestas de manifiesto ante la opinión mundial.

Realmente la situación etíope quedaba muy bien reflejada en las palabras contenidas en la referida proclama. La familia imperial, asentada sobre los gobernadores de las doce provincias, era prácticamente dueña de todo el país, compartiendo el dominio la Iglesia copta.

Haile Selassie había venido practicando una hábil política, mediante la cual había logrado granjearse un prestigio interior que ocultaba las miserias internas. El emperador sólo se ocupaba de la política exterior y dejaba a sus cortesanos el cuidado de atender los asuntos internos. De tal forma, en Oriente y Occidente era recibido como uno de los más conspicuos paladines de la libertad y de la democracia porque así convenía a los muchos intereses de los países para los que Etiopía constituía un reducto importante. Así, en junio de 1959, había sido solemnemente agasajado en Moscú, donde Kruschchey exaltó la «libertad» etíope, al propio tiempo que atacaba el colonialismo: «Etiopía—dijo el jerarca soviético durante el banquete de honor ofrecido al emperador en el Kremlin—representa prácticamente el único oasis de independencia y de libertad en medio de un Africa reducida a la esclavitud por los colonialistas. Constituye un ejemplo digno de ser imitado por los demás pueblos que luchan para que la generación actual conozca una independencia total. La Unión Soviética no tiene intereses especiales en Etiopía y sólo desea una cosa: que Etiopía sea un Estado independiente y

próspero, que desempeñe el papel importante que le corresponde en la vida de Africa.» La falacia de esta argumentación resulta obvia, porque Moscú, plenamente informado, no ignoraba en modo alguno que el «oasis de libertad» era en realidad un reducto de servidumbre infinitamente más dura que la que existía en aquellos momentos en los territorios coloniales africanos. Pero para los futuros planes de expansión de la influencia soviética, Etiopía era un trampolín excelente cuya amistad, la de su dueño absoluto, convenía cultivar; lo que justifica los cánticos en loor de Haile Selassie entonados en el Kremlin por Kruschev. Los elogios soviéticos realizaban considerablemente el prestigio de Haile Selassie, que al propio tiempo recibía un sustancial apoyo económico. En noviembre de ese año, la URSS concedía a Etiopía un préstamo de cuatrocientos millones de rublos. Otros países socialistas seguían el ejemplo y Addis Abeba obtenía créditos de Checoslovaquia y Yugoslavia, además de los que recibía de los países occidentales (Estados Unidos y Alemania Federal, principalmente).

Entonces, como ahora, ante Etiopía, como Estado, se alzaba un decisivo problema exterior: el planteado por Somalia, que reclama una parte del territorio etíope habitado por tribus nómadas de origen somalí⁴. Para equilibrar la situación, antes de trasladarse a Moscú, el emperador se había entrevistado en El Cairo con Gamal Abdel Nasser, tratando de conseguir del «rais» por lo menos una promesa de neutralidad respecto a Somalia, que forma parte del mundo árabe. Aunque los comunicados de aquellas entrevistas no aportaron testimonios definitivos, todo parece indicar que Haile Selassie consiguió del presidente egipcio una promesa de buena voluntad que resultaba especialmente valiosa. Y también se llegaba a un acuerdo entre los dos estadistas respecto de las materias religiosas, ya que se resolvía que las dos Iglesias coptas ortodoxas de Egipto y Etiopía estipulasen que el pope de Alejandría, sucesor de San Marcos Evangelista, es el padre espiritual más elevado en la jerarquía de la Iglesia etíope. El patriarca de Etiopía sería elegido entre los monjes del país, confirmado por el emperador en su calidad de jefe de la Iglesia etíope, pero sería consagrado por el pope de Alejandría.

⁴ En 1884 y 1886 dichas tribus y la Gran Bretaña firmaron acuerdos «para el mantenimiento de la independencia y el orden». El Tratado anglo-etíope de 1897 creaba la frontera del Protectorado de Somalia y transfería a la soberanía y jurisdicción del imperio abisinio los territorios habitados por las tribus protegidas. Esto originó interminables violencias, puesto que los somalíes no se conformaron nunca con la delimitación del Protectorado al ser los habitantes de Somalia, étnicamente, los mismos que los del Ogaden etíope.

La desatención de Haile Selassie por los asuntos internos determinaba que el país acusase, cada vez en mayor grado, los síntomas del infradesarrollo y que la miseria fuese general. Esta situación, verdaderamente lamentable, motivó la rebelión de diciembre de 1960. El emperador regresó precipitadamente a su país, llegando a Asmara para alentar a las fuerzas leales a su persona. Dos generales que habían sido destituidos por los rebeldes habían organizado un frente de resistencia a la revolución. Eritrea y Harrar proclamaban su fidelidad al emperador y las fuerzas militares allí concentradas iniciaban la contraofensiva. En la capital, las luchas habían ocasionado centenares de víctimas. Se sabía que el Gobierno insurgente estaba presidido por el ras Miguel Imru, primo hermano del emperador, y no por el príncipe heredero, como se había afirmado en las primeras proclamas. Pero en el ambiente de 1960 la rebelión resultaba prematura y los sediciosos no conseguían atraerse el apoyo de las masas, aletargadas por siglos de opresión. Así, cuatro días después del comienzo del golpe, cuando el emperador aterrizaba en el aeropuerto de Addis Abeba, era recibido por el general Mered Menguesha, jefe del Estado Mayor de las fuerzas leales, que habían conseguido dominar la rebelión en la capital. Los sublevados no habían logrado el apoyo de la mayoría del Ejército ni de la Aviación y el pueblo se había mantenido al margen, indiferente a los acontecimientos. La versión oficial indicaba que el príncipe heredero, Asfa Uassen, había actuado bajo coacción e intimidación cuando leyó la proclama de insurrección, y el propio emperador confirmaba apasionadamente la lealtad de su hijo.

El balance de la intentona resultaba espeluznante: 14 de los 16 ministros del Gabinete imperial habían sido muertos por los sediciosos y otros altos dirigentes habían corrido igual suerte⁵. Más de un millar de personas habían perdido la vida ejecutados por ambos bandos, en una explosión de inaudita ferocidad, o habían sido víctimas de los combates registrados durante el aplastamiento de la rebelión. La represión fue drástica. El coronel Cebehen, uno de los implicados en el golpe, fue muerto cuando se resistía a ser capturado y su cadáver fue colgado de un árbol en la plaza de San

⁵ Entre las principales víctimas de los rebeldes figuraban: ras Seyun, gobernador de Tigré; ras Abba Argale, ministro de Defensa; Ato Makonnen Habte Wold, ministro de Comercio e Industria; Ayele Agrabre, senador; Mulugeta Bilu, ex jefe de la Guardia Imperial y posteriormente ministro de Desarrollo; Tadessa Nagash, ministro de Estado para Justicia; Afanegus Eshetehuede, subsecretario de Seguridad Pública; Blatta David Ogbagzy, ministro de Estado para Asuntos Exteriores; Amde Michael Dessalenge, subsecretario de Información; Gabre Wold Engedor, ministro sin cartera; Aba Anna Jimma, capellán de palacio; Selemah Latisseh Gabre, senador; Hadji Parah y el subsecretario del Interior, Adamu Tesseme.

Jorge. El general Tsegue, jefe de la policía, se suicidó después de matar a cinco personas. Otro de los jefes de la policía, Ortula, fue detenido y fusilado en el acto. El ras Imru se suicidaba y unas dos mil personas, principalmente estudiantes, resultaban víctimas de la represión. Se buscaba activamente al principal dirigente del golpe, el general Menghistu Newaye, comandante de la Guardia Imperial, y su hermano, Germane Newaye, gobernador de Jiggiga, así como al subsecretario de Marina, Getatchen Bekere.

El emperador hacía un llamamiento, el día 19, para reprochar a los responsables de la rebelión su «crimen y su ingratitud» hacia el Trono. Pidió a los soldados que volviesen a la legalidad e invitó al pueblo a recuperar la paz de espíritu.

El día 25, millares de personas se reunían en la plaza de San Jorge para contemplar los cadáveres de los rebeldes que habían sido ahorcados el día anterior, después de haber sido capturados. El general Menghistu Newaye estaba siendo tratado en el hospital por haber resultado gravemente herido en el cuello cuando fue capturado en Modjo.

Así quedaba aplastada la rebelión, aunque subsistían los motivos invocados por los insurrectos para justificar sus actos. La corrupción y el feudalismo no resultaban afectados por los acontecimientos. Lo que debiera haber sido un toque de atención para la Administración imperial, no suscitaba ningún eco renovador y perseveraba el increíble inmovilismo de unas autoridades obstinadas en cerrar los ojos ante la desastrosa situación económico-social del país. Durante tres largos años los gobernantes etíopes sestearon plácidamente en sus confortables posiciones, pese a que al año siguiente se iniciaba la rebelión en Eritrea, lo que presagiaba funestos desenlaces. La agricultura, la principal fuente de ingresos en el país, permanecía desatendida y nadie intentaba planear la explotación de sus recursos minerales y de energía hidráulica que abundan en el imperio. El nivel medio de ingresos en Etiopía resultaba increíblemente bajo aun en un continente tan subdesarrollado como el africano y la población está subalimentada, ya que el promedio de calorías consumidas por el etíope resulta aún más bajo que en la India⁶.

El segundo aldabonazo a la ficticia tranquilidad de la Corte imperial se dio en 1964 por el estallido del conflicto somalo-etíope. Las guerras exteriores siempre suelen resultar peligrosas para aquellos Estados cuyo subsuelo

⁶ En Etiopía, el número de calorías *per capita* es de 1.622, inferior a la India, donde se estiman 1.950 por persona y día.

político está minado por profundas corrientes revolucionarias. El 10 de febrero de ese año, el presidente somalí, Abdullah Osman, extendía el estado de alarma, ya declarado en las zonas fronterizas con Etiopía, a todo el territorio nacional. Un comunicado oficial puntualizaba que la medida obedecía a una «serie de actos de provocación y agresión» realizados por Etiopía. Agregaba que la acumulación de tropas etíopes a lo largo de la frontera común, de una longitud de 1.500 kilómetros, mostraba «el claro deseo del Gobierno de Addis Abeba de llevar a la práctica una agresión en gran escala contra la República de Somalia». En Mogadiscio se afirmaba que morteros del ejército somalí habían volado un depósito etíope de municiones, dando muerte a 350 soldados de las fuerzas imperiales durante una enconada batalla en la zona fronteriza. Ocho carros blindados abisinios habían sido destruidos y las bajas somalíes alcanzaban a 14 muertos y 34 heridos. El Ministerio etíope de Información aseguraba, por su parte, que los somalíes habían lanzado ofensivas en las regiones fronterizas de Debo Goryalle y Tefaridar, haciendo uso de carros blindados y armas pesadas, sufriendo la pérdida de cien muertos y doscientos heridos durante su retirada, alrededor de Tug Wajaleh. El secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, apremiaba a Etiopía y Somalia para que depositaran las armas. A su vez, el Consejo de Ministros de la Organización de la Unidad Africana decidía, el 28 de febrero, la creación de una zona desmilitarizada entre los dos países, no obstante lo cual el 26 de marzo se reanudaban los combates fronterizos. Addis Abeba acusaba a las tropas somalíes de haberlos provocado al atacar inesperadamente el puesto de policía de Debo Goryalle. El Ministerio etíope de Asuntos Exteriores declaraba que «este acto deliberado de agresión en los momentos en que las delegaciones de los dos países negocian en Jartum un arreglo pacífico de su conflicto fronterizo demuestra que el Gobierno somalí no desea verdaderamente arreglar el conflicto». A su vez, el emperador dirigía un mensaje a todos los jefes de Estado africanos para informarles de la situación, precisando que las tropas somalíes habían atacado Debo Goryalle mientras que se encontraban reunidos en Jartum los negociadores que trataban de arreglar amistosamente las diferencias entre los dos países, estando próximos a llegar a un acuerdo.

Los violentos encuentros continuaban en los días sucesivos. Addis Abeba daba cuenta de encarnizados combates en la zona de Ina Gobha, en las que afirmaba que habían sido muertos 440 somalíes en los tres días de lucha. Mogadiscio aseguraba que 150 etíopes habían sido muertos, mientras que

sólo siete somalíes habían fallecido y 22 quedaban heridos. El ministro interino de Asuntos Exteriores etíope, Mammo Tadesse, precisaba que las elevadas bajas sufridas por los somalíes —entre las que se contaban numerosos prisioneros— se debían a que éstos atacaban posiciones etíopes bien defendidas.

Finalmente, el 31 de marzo se publicaba en Jartum un comunicado conjunto somalo-etíope al final de las negociaciones de las delegaciones de los dos países. Las dos partes se habían puesto de acuerdo en los siguientes puntos:

- 1) Determinación de los dos Gobiernos en mantener el alto el fuego a lo largo de la frontera común.
- 2) Retirada de sus tropas a 10 ó 15 kilómetros de la línea fronteriza. Dicha retirada debía comenzar el 1 de abril y terminar el 6 del mismo mes.
- 3) Suspensión de toda propaganda hostil por ambas partes a partir del 2 de abril.

Mientras tanto, a pesar del acuerdo alcanzado, la situación bélica en la región del Ogaden se agravaba y las escaramuzas entre soldados de ambas naciones se extendían a la región de Dollo, según informaba el comandante en jefe de las tropas combatientes etíopes, general Wolta Selassie, quien añadía que los somalíes empleaban «armamento muy moderno, sobre todo un tipo muy potente de carro de combate y artillería de alta precisión». El 1 de abril continuaban sin interrupción los combates a lo largo de toda la frontera. Los aviones etíopes atacaban las posiciones somalíes en la zona de Tug Wajaleh y la ciudad de Hargeisa, la segunda población en importancia de Somalia. Felizmente, pocas horas más tarde, se imponía el alto el fuego entre los dos ejércitos.

Los combates habían cesado, pero no había desaparecido la tensión entre los dos países, cuya causa, como en la mayoría de los conflictos africanos, dimana de las artificiales fronteras políticas que han escindido poblaciones de evidente identidad. Mediante el pacto angloetíope de 1954 se decidió que las tribus de Somalia no debían mezclarse en actividades políticas en las zonas reservadas y en el Haud. De tal forma, casi la mitad de la población quedaba reducida a esta situación de excepción, por lo cual cuarenta sultanes y jefes del Ogaden se refugiaron en Mogadiscio solicitando asilo político. Esta situación determinó que Etiopía formulara, a fines de 1956, una reclamación ante el Gobierno del Reino Unido a propósito de las tribus de la

Somalia británica. Al memorándum se acompañaba una relación de dichas tribus y se solicitaba aclaración acerca de las que se consideraban como etíopes. En la lista figuraban las tribus Habr, Awal, Babr Yunis, Eidagalla, Arap, Habr Tolgaala, Dorbahanta, Esa, Gadabursi y Wasangeli. Las reclamaciones no afectaban a todos los miembros de cada tribu, sino exclusivamente a los que viven en el Haud. No obstante, la calificación resultaba difícil por la circunstancia de que en alguna época del año casi todos los miembros de estas tribus nómadas se mueven dentro del Haud y resulta difícil controlar su paso a través de la frontera. La delegación de Somalia en la ONU declaró a su paso por Roma (el 8 de febrero de 1957): «La inexistencia de una línea de demarcación precisa es una causa de malestar para las poblaciones del Ogaden y para su actividad, fundada en la ganadería. Aunque desde el punto de vista étnico las tribus de raza somalí se extienden más al Norte, una solución satisfactoria sería la fijación de la frontera somalo-etíope en la línea de demarcación existente en 1936.» La política de Etiopía en los confines somalíes había venido despertando inquietud en la Gran Bretaña. El *Times*, de Londres, había dedicado, en octubre de 1956, dos largos artículos a la cuestión, señalando que Etiopía «actúa de forma metódica sobre la moral de la población de tal manera que, en caso de éxito, equivaldría a la anexión de hecho del Somaliland, incapaz de sobrevivir sin el Haud y, por consiguiente, a la ruina de toda esperanza de constituir una gran Somalia, federada e independiente». En realidad la política de Haile Selassie tendía a incorporar toda Somalia, antes de que se produjese su independencia, en el seno del imperio. Así, cuando en agosto de 1956, el emperador visitaba el Ogaden colocando las primeras piedras de la escuela y el hospital de Kebridahar, pronunció un discurso aludiendo a la Somalia bajo tutela italiana, «donde viven, separados, un millón de nuestros hermanos».

De tal forma desde muchos años antes de los acontecimientos bélicos que hemos recordado se había incubado un claro antagonismo entre Addis Abeba y Mogadiscio, que había cristalizado en sangrientos incidentes. Entre otros, citamos los combates en la frontera entre Etiopía y la Somalia británica, desarrollados el 5 de diciembre de 1959, que produjo 26 muertos. El siguiente día 13 se registraban otros diez muertos. El 22 de diciembre siguiente, un portavoz del Ministerio etíope de Asuntos Exteriores respondía a las declaraciones efectuadas por Mr. John Profumo, ministro de Estado en el Foreign Office. Declaraba el portavoz que Profumo había dado a

entender que en el curso de los últimos incidentes sobrevenidos entre somalías y etíopes en el Haud, la policía etíope se había entregado, deliberadamente, a matanzas y saqueos. El portavoz desmentía tales acusaciones y precisaba que la intervención de la policía etíope había tenido lugar a consecuencia del asalto de unos trescientos somalíes. Indicaba que se había entregado una nota oficial a la Embajada británica en Addis Abeba en la cual se decía que «a menos que se adopten medidas inmediatas para desarmar las tribus que han intervenido en estos hechos y castigar a los culpables, el Gobierno imperial etíope no puede aceptar ninguna responsabilidad por las consecuencias que se deriven». En enero de 1960 volvieron a producirse sangrientos acontecimientos entre tropas etíopes y nómadas somalíes en el Haud, lo que dio motivo a una nueva nota del Gobierno imperial al de Londres en la que se reclamaba que se ordenase a los nómadas el regreso a la Somalia británica. Como puede comprobarse, la tensión somalo-etíope resultaba muy viva antes de la proclamación de la República somalí y continuó siéndolo después de la descolonización de las Somalias británica e italiana. En mayo de 1960, el ministro de Asuntos Exteriores de Etiopía, Yilma Deressa, en una entrevista al director de *Menen* y *La Voz de Etiopía*, afirmaba, entre otras cosas, que «Etiopía no ha reivindicado jamás un territorio que no sea suyo. Esta es la razón por la que insiste en el mantenimiento de las fronteras tal como han sido establecidas por acuerdo internacional y por lo que ha ofrecido aceptar un trazado legal e imparcial de dicha frontera. Por otra parte, Somalia ha rehusado el acuerdo internacional fronterizo con Etiopía, lo mismo que todo trazado imparcial legal de la frontera con la finalidad de realizar sus objetivos de apoderarse de parte del territorio etíope. En tales condiciones, Etiopía no dudará en defender su territorio nacional contra todas las amenazas que provienen de Somalia, como lo hizo en 1935 cuando fue invadida partiendo de esa misma región». El 2 de enero de 1961, Addis Abeba presentaba una enérgica protesta al Gobierno de Mogadiscio después de un choque en gran escala entre la policía etíope y súbditos somalíes. Etiopía no comunicaba el número de las bajas producidas en la lucha, iniciada el 26 de diciembre, y en la cual, según afirmaban los etíopes, los somalíes habían atacado a las fuerzas de seguridad durante cuatro días consecutivos. Los funcionarios somalíes, por su parte, aseguraban que fueron los etíopes los agresores y que cien nómadas somalíes habían sido muertos por los soldados del emperador. El Ministerio etíope de Información publicaba un comunicado rechazando toda res-

ponsabilidad por los incidentes de Ghebredarre, haciéndola recaer sobre los somalíes, que habían atacado en masa a la policía de Danot. El comunicado señalaba que, a pesar de estos «desagradables incidentes», Addis Abeba esperaba que ambos Gobiernos pudiesen encontrar una solución mutuamente aceptable. Las autoridades etíopes ordenaban a los somalíes que se encontraban en el Haud que abandonasen el territorio antes del día 7. Como consecuencia de todos estos hechos, el 4 de enero se producían en Mogadiscio violentas manifestaciones contra Etiopía y se intentaba asaltar la Embajada de dicho país. El día 23, Addis Abeba protestaba «con indignación» contra las declaraciones efectuadas ante Radio Nairobi por el dirigente somalí Ali Abdullah, quien de paso para asistir a la conferencia panafricana de Dar Es Salaam, había afirmado que «la guerra es inminente entre Somalia y Etiopía, a menos que intervengan otros Estados africanos».

Aunque mediante los acuerdos de Jartum, la fase aguda de la confrontación militar parecía superada, no por ello dejaron de reproducirse esporádicamente los choques armados en las regiones fronterizas. El 3 de agosto de 1965, el ministro etíope de Información, Menassie Haile, acusaba a Somalia de «dedicarse deliberadamente a una propaganda subversiva dirigida contra Etiopía con la finalidad de provocar incidentes fronterizos semejantes a los que se produjeron varias veces durante el año anterior. Etiopía quiere subrayar la gravedad de los intentos deliberados del Gobierno somalí de equivocar a la opinión». Recordó el acuerdo de Jartum de 1964, que puso fin a la confrontación armada, y añadió que Mogadiscio «busca actualmente un pretexto para violar dicho acuerdo». Sin tratar de definir a cuál de ambas partes correspondía la responsabilidad de la nueva tensión, lo cierto es que dos días más tarde Addis Abeba anunciaba que en los dos últimos días se habían producido violentos combates, citando que habían ocasionado 450 muertos por ambas partes. La radio de Mogadiscio afirmaba que se trataba de un grupo de «bandidos utilizados por Etiopía para producir alteraciones», añadiendo que el Gobierno somalí había dirigido un mensaje urgente al secretario general de la OUA en el que acusaba a Etiopía de haber violado el acuerdo de Jartum. A su vez el embajador somalí había entregado una nota de su Gobierno al de Addis Abeba en la cual Somalia proponía una conferencia de mesa redonda para eliminar las recientes divergencias. «El embajador de Somalia abusa de la inmunidad diplomática», afirmaba el ministro etíope de Asuntos Exteriores en un comunicado en que criticaba las declaraciones efectuadas a la prensa por el representante del

Gobierno de Mogadiscio en Addis Abeba. La protesta se basaba en el comunicado difundido por la Embajada de Somalia, en la cual, al rechazar las acusaciones de un piloto somalí que había solicitado asilo político en Etiopía la semana anterior, se rebasaban los límites «de la corrección y se desborda en insultos y comentarios sobre Etiopía», que, según el ministro, «no pueden tolerarse».

La consecuencia inmediata de este estado de cosas, de la hostilidad latente entre los dos países vecinos, es que el Gobierno imperial, preocupado esencialmente por la amenaza militar somalí, dedicase sumas muy considerables para atender las necesidades de las fuerzas armadas. Los gastos militares absorbían la mayor parte del presupuesto nacional y se descuidaban otras actividades susceptibles de promocionar la riqueza del país y potenciar la elevación del mísero nivel de vida de sus habitantes.

En otro lugar⁷ hemos indicado que «Etiopía, que actualmente registra un ingreso *per capita* de sólo sesenta dólares, posee las condiciones naturales precisas para que esa cifra pueda ser cuadruplicada por lo menos. El país dispone de un enorme potencial hidroeléctrico, prácticamente inagotable, que está sin explotar y que podría suministrar energía a una industria muy considerable, ampliando la ya existente, que sólo representa—junto con la artesanía—el 7 por 100 del producto nacional bruto. En la actualidad la base económica reside en la agricultura, que contribuye con más del 65 por 100 al producto nacional bruto y emplea el 87 por 100 de la población activa. Los productos agrícolas son los únicos que integran el capítulo de las exportaciones, fundamentalmente el café, que supone el 64,7 por 100 de las mismas. A pesar de ello, la agricultura está desatendida: «la política gubernamental muestra un total olvido por el sector agrario»⁸. El campesino etíope sigue trabajando en la misma forma que en las tradiciones bíblicas de sus antepasados. Además, trabaja en fragmentadas parcelas de tierra que son económicamente inadecuadas para la agricultura productiva. La producción de cereales viene a ser de unos cinco millones de toneladas cuando, de aplicarse los programas de regadío y la introducción de las nuevas semillas obtenidas por el doctor Norman-Ernest Borlaug (Premio Nobel de la Paz por los descubrimientos que han provocado la «revolución verde») esta cantidad podría muy bien cuadruplicarse en pocos años, contribuyendo

⁷ Julio COLA ALBERICH: *Anatomía del Tercer Mundo*, p. 34. Organización Sala Editorial, Madrid, 1973.

⁸ ASSEFA BEQUELE y ESHETU CHOLE: *A Profile of the Ethiopian Economy*. Oxford University Press, p. 112, 1969.

a remediar el bajo nivel de calorías que se registra entre la población etíope, que se encuentra subalimentada. Pero el Erario no dedica a la agricultura los fondos necesarios para su modernización. Mientras que consagra la quinta parte del presupuesto a los gastos militares y de policía, sólo destina el 2 por 100 al Ministerio de Agricultura. Tampoco se ha emprendido una labor seria de investigación de las posibilidades mineras, que han de ser considerables, ya que los recursos del subsuelo son prácticamente desconocidos, no obstante lo cual se explotan algunos yacimientos de oro (con producción de una tonelada anual), platino y potasa, de escasa importancia pero que parecen significar que existen amplias posibilidades en el sector minero, ahora en estado rudimentario. Es decir, que Etiopía no es un país irremisiblemente pobre, sino mal explotado, y el bajo nivel actual de vida de sus habitantes es la consecuencia de la falta de iniciativa de sus autoridades».

Todos los antecedentes demuestran inaudita incapacidad de la Administración imperial y un soberano desprecio a las más urgentes necesidades de los súbditos. Addis Abeba se preocupaba solamente de los gastos militares y de desplegar una política de ostentación que resultaba muy costosa para los débiles recursos financieros del Erario. Refiriéndonos tan sólo a 1964, podemos citar que en enero visitaba Etiopía el primer ministro chino Chou En-lai; el 14 de septiembre el emperador se trasladaba a Teherán a bordo de su avión personal para una estancia de tres días; una semana más tarde llegaba a Budapest y el 21 de octubre aterrizaba en Addis Abeba el presidente de la República Federal de Alemania, doctor Luebke. En febrero de 1965 llegaba a Etiopía, en visita oficial, la reina Isabel II de Inglaterra a la que se tributaba una fastuosa acogida⁹. A su vez, en diciembre de ese año, el emperador se trasladaba a Madagascar acompañado de un numeroso séquito. Con todos estos contactos—viajes a los más remotos países del orbe y recepción de preclaros estadistas extranjeros—el emperador consolidaba, en el plano internacional, su creciente prestigio. Su posición

⁹ La real pareja fue recibida, a su descenso del avión, por el emperador Haile Selassie, a quien acompañaban los miembros de la familia imperial, ministros del Gobierno, parlamentarios y principales personalidades etíopes. Terminadas las presentaciones, la reina pasó revista al destacamento de la Guardia Imperial, cuyos componentes daban la nota pintoresca con el casco rematado por una melena de león. La reina de Inglaterra tomó luego asiento en un suntuoso «Rolls» rojo oscuro, para instalarse, poco después, en la tradicional carroza imperial, arrastrada por seis caballos bayo y blanco criados en las yeguas imperiales y cuya raza se remonta al siglo xvi. Por la noche, el emperador ofreció en el antiguo palacio, construido por Menelik II, un banquete de 500 cubiertos.

ante el mundo se afianzaba aunque los gastos de esta política gravitasen pesadamente sobre las espaldas de un pueblo sumido en la miseria.

El año 1965 adquiere especial significación cuando se trata de analizar la gestación de los acontecimientos que han desembocado en la actual situación. En primer lugar, en ese año tuvo lugar el fortalecimiento de la rebelión de Eritrea contra el Gobierno imperial, que se había iniciado cuatro años antes. En 1950, la Comisión Política Especial de las Naciones Unidas adoptaba la decisión de constituir Eritrea, la antigua colonia italiana, en «unidad autónoma federada de Etiopía, bajo la soberanía de la Corona etíope». La resolución establecía que el Gobierno de Eritrea poseía los poderes legislativo, ejecutivo y judicial en los asuntos internos, mientras que la jurisdicción del Gobierno federal se extendía a los asuntos exteriores, defensa nacional, presupuesto, comercio y puertos. La resolución aseguraba la igualdad absoluta de derechos entre los habitantes de la Federación. Desde 1952 a 1962, Eritrea constituyó, efectivamente, esa unidad federada de Etiopía, pero desde dicha fecha fue anexionada, pura y simplemente, por el Imperio pasando a ser una provincia más. De tal forma Etiopía consolidaba su salida al mar¹⁰.

Esta decisión provocó el abierto descontento de una parte de sus habitantes, la población musulmana, que se declaró en abierta rebeldía contra el Gobierno de Addis Abeba y fundó el «Frente de Liberación de Eritrea» que pronto estuvo representado en la mayoría de los países árabes. Especialmente provocó una grave tensión con el Sudán—a la que nos hemos referido—, país al que el Gobierno de Haile Selassie acusó, en reiteradas ocasiones, de ayudar al movimiento rebelde eritreo animándolo a que organizase y armase en su territorio, así como acogiendo a sus dirigentes en régimen de absoluta libertad de acción, facilitando sus contactos con los insurgentes. A esta ayuda se sumaba, como hemos mencionado anteriormente, la de Siria y otros países árabes. Precisamente fue en junio de 1965 cuando, a consecuencia del apoyo de ciertos países árabes a los insurgentes de Eritrea, se produjo una situación de tensión colectiva con Addis Abeba. A primeros de junio, la policía sudanesa se incautaba, en el aeropuerto de Jartum, de 18 toneladas de armas checoslovacas que se encontraban a bordo de dos aviones sirios. Estas armas estaban destinadas a los rebeldes de Eritrea. Como consecuencia, el Ministerio etíope de Información declaraba,

¹⁰ Anteriormente a la incorporación de Eritrea sólo disponía Etiopía del puerto francés de Yibuti—el mejor del mar Rojo—a través de un ferrocarril mal servido.

el 10 de junio, en un comunicado que el suministro de armas a los insurgentes por el Gobierno de Damasco constituía «un gesto hostil» hacia Etiopía. «El Gobierno etíope—agregaba—no puede por menos de expresar su sorpresa ante el hecho de que en vísperas de la Conferencia afroasiática de Argel, Siria obre en contradicción de los principios fundamentales de Bandung, que rigen las relaciones entre los dos países.» Una semana más tarde, Praga se defendía de las acusaciones diciendo—en un comunicado difundido por la Agencia «Ceteka»—que «ni el Gobierno ni las organizaciones con sede en territorio checoslovaco han tenido jamás relación con el movimiento separatista de Eritrea».

El segundo acontecimiento que cabe destacar en el referido año 1965 es el fortalecimiento de un clima de oposición que no ha cesado de desarrollarse durante los últimos años. La agitación que comenzó, entonces, a exteriorizarse corrió a cargo de los estudiantes de la Universidad. En febrero tenía lugar una manifestación estudiantil no autorizada que recorría las calles de la capital pidiendo una urgente reforma agraria. Gran número de los manifestantes fueron detenidos por la policía, pero esto no significó el colapso de la agitación, puesto que el 12 de mayo una nueva manifestación tenía lugar en Addis Abeba para protestar contra la expulsión de diez estudiantes que habían patrocinado la celebración de una reunión ilegal. Los manifestantes lanzaban piedras contra la fuerza pública, que había acordonado el recinto universitario, y varios resultaron heridos por las cargas efectuadas por la policía. La actitud levantisca de los estudiantes contagiaba a personalidades de otros medios. El 14 de junio, el embajador de Etiopía en Washington, Bernard Dinke, anunciaba a la prensa norteamericana, en una declaración escrita, que había enviado su dimisión a Addis Abeba para «poder luchar por la libertad de su pueblo». «He presentado mi dimisión—decía—durante mi estancia en los Estados Unidos, porque este es un país libre donde puedo respirar, hablar y escribir libremente, mientras mi pueblo vive bajo el temor de la cárcel y las represalias y no puede manifestarse sin aumentar contra él la injusticia».

Estos antecedentes que hemos citado ponen elocuentemente de manifiesto la aparición de un malestar abiertamente expresado. En aquellos momentos, el Gobierno imperial podía haber iniciado una serie de reformas—especialmente la agraria—que contuviesen el naciente descontento. Pero Addis Abeba prefirió mantenerse en una postura inmovilista que había de traer las peores consecuencias. Haciendo caso omiso de las críticas expre-

sadas, el 23 de junio se celebraban las elecciones generales para cubrir los 250 escaños de la Cámara de Diputados siguiendo el procedimiento arcaico y poco representativo que señalaba la Constitución de 1955.

En 1966 se complicaban nuevamente las relaciones con Somalia. El 30 de marzo se registraba otro choque fronterizo en el Ogaden produciéndose un número indeterminado de bajas. Pero el aspecto más inquietante surgía a consecuencia de la visita efectuada por el general De Gaulle a Yibuti en agosto, donde fue acogido con manifestaciones que reclamaban la autodeterminación de la Somalia francesa. La posibilidad de que Francia abandonase el desértico territorio excitaba, simultáneamente, los apetitos de Somalia y Etiopía que deseaban anexionárselo. En el actual territorio de los Afars y de los Issas, los habitantes se distribuyen en dos grupos, numéricamente equivalentes, de origen etíope y somalí. Haile Selassie, para justificar sus reclamaciones, invocaba una serie de argumentos de orden histórico, estratégico y económico. Aseguraba que, inmemorialmente etíope hasta finales del siglo XIX, el territorio fue siempre el pulmón del imperio y le resultaba indispensable para su defensa y sus relaciones comerciales con el extranjero. Estos argumentos fueron reiterados por el emperador durante la larga entrevista que celebró en París, el 21 de octubre, con el presidente francés. De Gaulle rehusó la cesión unilateral de la Somalia francesa a Etiopía e insistió en que Francia sólo abandonaría el territorio si la mayoría de la población manifestaba, democráticamente, mediante un *referendum*, su deseo de obtener la independencia. A su vez, el jefe del Gobierno de Somalia, Hussein Abdirazak, mantenía, el 28 de octubre de 1966, largas conversaciones en París con su homólogo francés, Pompidou, al que declaraba el punto de vista de Mogadiscio consistente en que, por su posición geográfica y su población, la Costa de los Somalíes es parte integrante de la República de Somalia, aunque indicaba que su país sólo consideraba en esos momentos la necesidad de que Francia concediese la independencia al territorio. El asunto quedó resuelto —más bien cabe decir aplazado— cuando el Gobierno de París celebraba, en marzo de 1967, el *referendum* para que los habitantes pudiesen escoger libremente entre adquirir la independencia o permanecer con el Estatuto de territorio francés de Ultramar. Los resultados arrojaron un 60,4 por 100 de sufragios favorables a la permanencia en la situación actual y los restantes favorables a la independencia. Estos resultados constituyeron una grave contrariedad para el Gobierno de Mogadiscio, que se negó a considerar válidos los resultados y decretó tres

días de duelo nacional. De tal forma, el mantenimiento de la soberanía francesa en el territorio de los Afars y de los Issas evitó una doble guerra: la civil entre los dos grupos étnicos rivales que la habitan y la internacional entre Etiopía y Somalia, que pretenden anexionársela. Y que el proyecto estaba a punto de pasar a vías de hecho lo demuestra el que el 18 de marzo, en las fronteras del territorio se habían registrado importantes concentraciones de tropas etíopes y somalíes que hubieran chocado inevitablemente entre sí en el momento en que las fuerzas francesas, de haber triunfado el «no», abandonasen el enclave.

Para tratar de mejorar las difíciles relaciones con los países árabes, cuyas poblaciones adoptaban una actitud hostil a consecuencia del asunto eritreo, Haile Selassie se trasladaba, en septiembre de 1966, a cinco países: Kuwait (7 al 9), Iraq (9 al 12), Jordania (12 al 15), Líbano (15 al 18) y la RAU (18 al 20). Esta última visita resultaba excepcionalmente agitada. Cuando el emperador llegaba a El Cairo, unos 150 eritreos secesionistas se congregaban frente a la Embajada de Etiopía portando antorchas, rompiendo ventanas y lanzando gritos hostiles contra la presencia del Negus. Haile Selassie había sido saludado efusivamente en el aeropuerto por Gamal Abdel Nasser, con quien, posteriormente, mantuvo una entrevista de hora y media. Pero los sucesos provocados por los eritreos causaron un profundo impacto psicológico en las masas populares cairotas. El subsecretario egipcio de Asuntos Exteriores, Ahmed Hassan Elzay, se personó en la Embajada etíope para entregar una nota del Gobierno de la RAU excusándose por la manifestación hostil. El comunicado de las conversaciones no aludía, lógicamente, al asunto de Eritrea —que constituía la mayor preocupación etíope—, sino que se limitaba a señalar la unanimidad con que ambos estadistas contemplaban «la usurpación del poder en Rhodesia por una minoría extraña», así como el apoyo de ambos «a los legítimos derechos del pueblo árabe de Palestina».

Resulta digno de resaltar esta preocupación del emperador por la cuestión rhodesiana. Sin tener en cuenta que en su propia casa mantenía subyugados dos territorios (Eritrea y Ogaden) cuya posesión resulta difícil de justificar, Haile Selassie concentraba sus mejores esfuerzos en tratar de resolver los asuntos de un país ajeno, separado del suyo por millares de kilómetros. Así, mucho antes de sus entrevistas de El Cairo, el Negus ya había llevado a cabo un prolongado viaje (efectuado en abril a Senegal, Trinidad y Tobago, Jamaica y Haití) para convencer a las autoridades de esos países para que reclamasen el empleo de la fuerza para derrocar el régimen de

Salisbury, ya que, en su opinión, «las sanciones económicas no son suficientemente efectivas».

En esta conducta se refleja, muy elocuentemente, el carácter del emperador. Mientras que su país agonizaba en una existencia infrahumana, Haile Selassie, en vez de resolver los problemas acuciantes de su pueblo, dedicaba sus desvelos a remediar la «opresión» de los africanos de Rhodesia. Se indignaba contra la «falta de libertades democráticas» que existía en Rhodesia —libertades que jamás existieron en Etiopía—, pero no se inmutaba haciendo trabajar, en régimen de auténtica esclavitud, a miles de condenados a trabajos forzados para la extracción del oro de la mina de Adola del que se apropiaba mandando a los bancos helvéticos 887.000 onzas (50 millones de dólares) para incrementar su colosal fortuna. Haile Selassie, en tal sentido, no es sino el prototipo de otros muchos dirigentes africanos que predicán la libertad y la democracia pero que gobiernan sus Estados de forma muy similar al feudalismo etíope.

Durante ese mismo año de 1966, el líder de la oposición etíope, Tessama Kabad, era asesinado en circunstancias misteriosas en Jartum a mediados de febrero. Kabad ocupaba la Secretaría General del Movimiento de Liberación de Etiopía y resultaba el adversario más peligroso del Gobierno de Addis Abeba. Acababa de realizar un viaje de propaganda por el Africa oriental cuando era asesinado. El Gobierno sudanés, consciente de que habían sido agentes etíopes los autores del crimen, protestó ásperamente por esta conducta. No obstante la crisis fue zanjada y el asunto olvidado cuando, el 27 de junio, Sudán y Etiopía. llegaban a un acuerdo para poner fin al conflicto fronterizo entre los dos países, después de cuatro días de conversaciones desarrolladas en la capital sudanesa entre el primer ministro de Jartum, Ahmed Mahgub, y el ministro de Defensa etíope, general Merrid Menkesha.

Mientras tanto, se deterioraba el panorama interno etíope. Para calmar los ánimos, el 22 de marzo de 1966, el emperador pronunciaba un discurso radiodifundido a toda la nación en el que anunciaba que nombraría un primer ministro para que, junto con el resto del Gabinete, fuesen «colectivamente responsables» ante el soberano y el Parlamento. Entre las atribuciones que se otorgarían al primer ministro figuraban la de elegir a los ministros así como la potestad de revisar y modificar la estructura administrativa del país para «acrecentar la eficiencia gubernamental» y permitir al monarca dedicarse «exclusivamente a las cuestiones de alta política». En el

fondo, la creación del cargo —para el que se designaba a Aklilu Habté-Wold— no representaba ninguna medida liberalizadora, puesto que el emperador continuaba reteniendo el completo control del Gobierno.

La comprobación de estas realidades excitaba la animosidad de ciertos sectores. El 27 de noviembre de ese mismo año era detenido el brigadier Tadesse Biru por «rebelión contra el Gobierno». Uno de sus cómplices, el teniente Nammo Mezemir, confesaba ser el autor del último atentado a la granada que había causado 36 heridos en un cine de Addis Abeba. Biru, siendo coronel, había actuado destacadamente en la represión del golpe de Estado de 1960.

El fallecimiento, el 10 de septiembre, del ministro de Defensa, general Menkesha, daba pie al emperador para proceder a un reajuste ministerial en diciembre. El teniente general Gabre Kebedé —veterano combatiente de Corea y del Congo— ocupaba la cartera vacante y a su vez se nombraba a otro militar, Irguetu, como ministro del Interior, cuyas funciones venía desempeñando interinamente el primer ministro.

En 1967 puede estimarse que la oposición se había extendido y organizado en Etiopía. En febrero comparecían ante los Tribunales ocho personas acusadas de alta traición, entre ellas el brigadier Biru, que había encabezado el complot descubierto el año anterior. Y en abril adquirían inusitada violencia los desórdenes estudiantiles que no han cesado desde entonces. El día 9, doscientos policías tuvieron que hacer uso de bombas de humo y porras para enfrentarse a varios cientos de estudiantes de la Universidad que protestaban contra una disposición que exigía la obtención de un permiso, solicitado con siete días de antelación, para efectuar reuniones que congregasen a más de cinco personas. Los desórdenes prosiguieron en los días sucesivos. El número de detenidos ascendía a 125, y más de 50 eran hospitalizados a consecuencia de las heridas recibidas.

La huelga estudiantil producía hondas repercusiones en el extranjero. Varias organizaciones estudiantiles de París publicaban un comunicado en el que se decía que «ya en febrero de 1965, por haberse manifestado pidiendo «la tierra para el campesino», y en 1966, por haberse pronunciado contra los campos de concentración para los pobres, llamados cínicamente «campos de rehabilitación», los estudiantes han sido brutalmente golpeados y algunos heridos. Estas nuevas manifestaciones y las represiones posteriores desenmascaran ante el mundo entero la verdadera faz del régimen arcaico etíope, que ha logrado durante mucho tiempo ocultar sus atrocidades ante

la opinión pública mundial». Los autores del manifiesto «denunciaban el régimen feudal y político de Etiopía» y el documento estaba firmado por la Asociación de estudiantes etíopes en Francia, la Asociación de estudiantes etíopes en Europa, la Federación de estudiantes de Africa negra en Francia, la Unión nacional de estudiantes de Francia, la Asociación de estudiantes musulmanes norteafricanos, la Unión nacional de estudiantes marroquíes y otras varias organizaciones.

Al propio tiempo, empeoraba la situación en Eritrea. El 13 de enero, el emperador pronunciaba en Asmara un discurso denunciando las actividades subversivas y exhortando al pueblo a la vigilancia. «Los fuera de la ley que nos combaten—decía—son desgraciados que reciben subsidios del extranjero para sembrar la subversión entre sus propios hermanos. Pero Etiopía dispone de los medios necesarios para defender su integridad.» La situación de la provincia anexionada resultaba preocupante porque exigía el mantenimiento de importantes contingentes de las fuerzas armadas que experimentaban muchas bajas en esta guerra de guerrillas. Los insurgentes recibían apoyo y armamento de algunos países árabes, lo que producía complicaciones a la diplomacia etíope. El emperador se decidió a prometer el perdón a los rebeldes que se rindiesen, pero el llamamiento tuvo escaso eco. El 17 de septiembre, seis líderes musulmanes del «Frente de Liberación de Eritrea» (FLE) se rendían a las autoridades, siendo amnistiados inmediatamente. Estos dirigentes declaraban, en una conferencia de prensa celebrada en Asmara, que habían recibido formación militar en Siria con otros veinte eritreos y que todos tenían pasaportes sirios. Después habían sido enviados a Yeddah (Arabia Saudita) y encaminados hacia Port Sudan, desde donde se habían infiltrado en Eritrea.

El conflicto eritreo despertaba la antipatía de los países musulmanes. Las noticias desfavorables eran ampliamente divulgadas por los medios árabes de información creando un ambiente hostil hacia Addis Abeba. Así, en el mes de julio, el periódico cairota *Al Ajbar* publicaba una noticia desde Jartum diciendo que tropas etíopes, en número de seis mil hombres, apoyadas por tanques y aviones habían penetrado treinta kilómetros en el interior del Sudán, en el triángulo Elfiska y que los soldados invasores se habían hecho con el control de la «zona agrícola sudanesa», conminando a los campesinos para que abandonasen las tierras. El Ministerio de Información etíope desmentía esta noticia aunque recordaba que la frontera etíope-suda-

nesa en la zona de Fashoda no está claramente delimitada por lo que el acuerdo de Jartum permite a ambas partes cultivar la tierra en la zona litigiosa.

Haile Selassie se sentía preocupado por esta creciente hostilidad. Tratando de buscar un equilibrio, llegaba a Moscú en febrero, después de haber visitado los Estados Unidos. Durante su estancia de tres días en la URSS, el emperador había conseguido un notable éxito al lograr que Moscú se comprometiese a respaldar la integridad territorial del Imperio. Esto significaba, así por lo menos lo interpretaba el Negus, que Eritrea continuaría anexionada a pesar de los esfuerzos de ciertos países árabes para considerarla zona litigiosa. Haile Selassie había protestado en el Kremlin contra los crecientes envíos de armamento soviético a Somalia que, según afirmaba, «servían para aumentar la tensión fronteriza». La Unión Soviética, según decía el comunicado, «reafirma su apoyo y respeto a la política de no alineación seguida por numerosos Estados africanos, entre ellos Etiopía».

El ambiguo apoyo soviético a Haile Selassie se conseguía merced a la buena disposición del emperador para combatir, en primera fila, contra los «regímenes racistas». Addis Abeba, según el comunicado de Moscú, denunciaba la «falsa independencia del régimen racista de Rhodesia», los «crímenes raciales» cometidos en dicho país y en Sudáfrica y «las atrocidades de los colonialistas portugueses en los países africanos». El Kremlin se mostraba dispuesto a olvidar el feroz yugo impuesto a Eritrea y otorgaba sus bendiciones al emperador a condición de que éste acrecentase con su prestigio personal el impacto de la campaña contra el «racismo». Estas turbias componendas, en las que se disfrazan las realidades en aras de inconfesables intereses, son las que suscitan la repulsión de todo espíritu honesto.

De tal forma, Haile Selassie, a primeros de noviembre—durante la sesión de apertura del Parlamento, con ocasión del XXXVII aniversario de su coronación—declaraba con énfasis que «Etiopía está dispuesta a recurrir a la fuerza, si fuera necesario, para derrocar a los regímenes racistas de Africa». Es decir, que el rey de reyes estaba dispuesto a sacrificar en los campos de batalla a miles de súbditos que, en su ignorancia de analfabetos, desconocían otros territorios que no fuesen el terruño donde llevaban la penosa existencia de los siervos de la gleba. Dos días más tarde, con motivo de la visita a Addis Abeba del presidente de Kenya, Haile Selassie y Jomo Kenyatta firmaban un comunicado conjunto apremiando al Gobierno británico para que emplease la fuerza militar a fin de derrocar el régimen de Ian Smith

en Rhodesia y «liberar al pueblo africano oprimido». Se nos ocurre preguntar: ¿no es también africano el pueblo etíope? ¿Y no estaba oprimido, tal como han demostrado los informes sacados a la luz tras de los acontecimientos de abril? Tal vez la diferencia consiste en que los pueblos africanos de países tan denostados como Rhodesia o la República Sudafricana están bien alimentados y gozan de una vida confortable, mientras que en Etiopía, además de esclavizados, han muerto y mueren de hambre por centenas de millares.

Pero estas incongruencias resultaban rentables para el emperador, cuyo prestigio se acrecentaba, con tales maniobras, en las esferas internacionales. Así, en enero de 1968, llegaba a Addis Abeba el vicepresidente de los Estados Unidos, Hubert Humphrey, en visita de cuarenta horas. Sus palabras en el aeropuerto resonaban gratamente en los oídos imperiales: «Nosotros, los norteamericanos, recordaremos siempre cómo los valientes constructores de Etiopía estuvieron con nosotros en defensa de la libertad, hace diecisiete años, en Corea». Esto equivalía a reconocer públicamente que Haile Selassie estaba siempre dispuesto a luchar por la libertad, aunque exceptuase en esta línea de conducta a Eritrea, el Ogaden o la del pueblo etíope.

Pero los estudiantes abisinios mantenían otros puntos de vista muy diferentes y aprovechaban cualquier oportunidad para expresar su descontento. El 31 de marzo de ese año, las fuerzas de policía, pertrechadas de cascos de acero, tuvieron que ocupar el recinto principal de la Universidad de Addis Abeba después de sostener una serie de sangrientos choques con estudiantes que les atacaban a pedradas en el curso de una violenta manifestación contra un desfile de modas celebrado con carácter benéfico. Los estudiantes protestaban contra el desfile de modas por estimar que los modelos africanos estaban siendo utilizados en trajes que no se ajustaban a la tradición. En realidad, lo que se buscaba era manifestar, con cualquier pretexto, el descontento creciente que cundía en la nación.

A pesar de sus esfuerzos, tampoco en otros países pasaba inadvertida la doble personalidad del emperador—luchador por la libertad fuera del Imperio y enemigo de ella en el territorio nacional—y así sucedió que, en el mes de mayo, cuando se anunciaba en Yakarta la próxima visita de Haile Selassie, centenares de estudiantes musulmanes se manifestaban el día 4, ante la residencia del ministro de Asuntos Exteriores, Malik, para protestar contra la presencia del «tirano de los ciudadanos musulmanes de Etiopía».

Su orgullo personal se veía, en cambio, satisfecho cuando, a finales de

diciembre de 1968, recibía un mensaje de S. S. Pablo VI invitándole a proseguir sus «nobles esfuerzos al servicio de la paz» con motivo de la intercesión de Haile Selassie para lograr una solución negociada en la guerra de Nigeria.

El año 1969 resultó desastroso. Aunque entonces no se filtraron noticias al exterior, después que se ha podido averiguar que fue el año en que se comenzaron a sentir los primeros efectos de la sequía. De haberse adoptado las medidas oportunas, el problema no hubiese llegado a alcanzar los caracteres apocalípticos que adquirió en los años sucesivos. Pero la Administración imperial prefirió ignorar las realidades y ocultar celosamente la situación para no sufrir detrimento en su prestigio. Su atención estaba concentrada en la creciente actividad del FLE, que ese año asestó varios golpes espectaculares para llamar la atención de la opinión internacional sobre la situación de Eritrea. Así, en el mes de marzo, cometía un atentado contra un «Boeing» de la Ethiopian Airlines que se encontraba en Francfort y, a mediados de junio, otro aparato de la misma compañía era ametrallado en el aeropuerto de Karachi por tres jóvenes del FLE. El mismo día, en Roma, otro eritreo, Tesfal Hahgs, resultaba muerto por la explosión de unos cartuchos de dinamita que estaba manipulando. Entre sus ropas se encontraba una nota firmada por la organización en la que «reivindicaba la completa responsabilidad del atentado contra la Embajada etíope en Roma», que era el punto donde iba a depositar la dinamita. Los tres eritreos detenidos en Karachi habían llegado procedentes del Sudán y declaraban que habían sido reclutados y entrenados en Eritrea. En Damasco, un portavoz del FLE declaraba que miembros de la organización eran los ejecutores del atentado de Karachi y confirmaban que el eritreo muerto en Roma tenía por misión dinamitar la Embajada para impedir la visita a Italia del emperador. El 12 de agosto, siete miembros del FLE secuestraban un aparato de la Ethiopian Airlines que efectuaba el vuelo Asmara-Addis Abeba, obligándole a aterrizar en Jartum y solicitando asilo político en el Sudán. El Ministerio sudanés de Asuntos Exteriores informaba que se trataba de seis estudiantes de la Universidad «Haile Selassie» y de un funcionario empleado en el Ministerio etíope de Desarrollo. El 11 de septiembre, un DC-6 de la compañía etíope, que había salido de Addis Abeba con destino a Yibuti, era secuestrado y desviado hacia Aden. De los tres miembros que intervinieron en la operación uno resultó gravemente herido por un policía que se encontraba a bordo del aparato. Finalmente, a principios de diciembre, dos miembros

del FLE intentaban el secuestro del avión de la Ethiopian Airlines que salía de Madrid con destino a Addis Abeba. Ambos resultaron muertos por tres agentes de la policía etíope que viajaban en el aparato. El fracaso de esta última tentativa inducía al FLE a cambiar de táctica. En tal sentido se pronunciaba el secretario general del Frente, Osman Saleh Sbai, que declaraba en Bagdad que el «asesinato» de los dos secuestradores liberaba al FLE del compromiso que espontáneamente había adoptado de actuar sin causar daño a los tripulantes y pasajeros de los aviones etíopes. «Nuestras futuras operaciones van a mostrar a la opinión pública internacional las medidas adecuadas que va a adoptar el FLE para enfrentarse al desafío etíope.»

Ciertamente, la situación resultaba preocupante para el Gobierno imperial. La libertad de movimientos de que gozaban los miembros del FLE en los países árabes excitaba los ánimos de Haile Selassie. En marzo, tan pronto como se supo el atentado cometido en Francfort, en Asmara se organizó una manifestación de más de cien mil personas —según afirmaban las fuentes gubernamentales— para protestar contra las «intervenciones de ciertos Estados árabes en los asuntos internos de Etiopía». Haile Selassie, que intervenía descaradamente en los asuntos internos de Rhodesia al excitar a los demás países a combatir por la «libertad» de los africanos, no veía con agrado que otros países interviniesen en el Imperio para ayudar a la libertad de los eritreos. Como sucede con todos los falsos demócratas tienen dos pesos y dos medidas para juzgar cada caso, según se trate de su propia actuación o de la ajena. Y sus enojos son siempre inquietantes. Así, en la manifestación de Asmara, la muchedumbre reclamaba —según las consignas que había recibido de las autoridades— la expulsión de los treinta mil árabes que viven en Etiopía «en el caso de que Siria y otros países árabes no pongan fin a sus tentativas de división de Etiopía». La hostilidad crecía al máximo cuando se conocían las declaraciones efectuadas en Amman, el 19 de noviembre, por Osman Saleh afirmando, en conferencia de prensa, que miembros del FLE eran entrenados en la lucha guerrillera por la organización palestina Al Fath en sus campos de Jordania. A su vez, Tedda Bairu, ex presidente del Parlamento eritreo, declaraba que el último congreso del FLE se había celebrado en el interior de una de las bases palestinas del Fath en Jordania.

Junto a la acción de los separatistas eritreos, se incrementaba la acción subversiva de los estudiantes que se agitaban incesantemente. A finales de

diciembre, en los alrededores de la Universidad de Addis Abeba se producía un tiroteo entre la policía y millares de estudiantes enfurecidos al saber la noticia de que había sido asesinado Ato Tilahun Gizaw, presidente de la Unión de Estudiantes, por desconocidos que le acribillaron a balazos desde un vehículo en marcha. En el enfrentamiento con la policía resultaban muertos tres estudiantes y otros cinco eran heridos. El Ministerio de Información declaraba que las turbulencias se habían producido cuando los estudiantes habían disparado sobre las fuerzas de seguridad, obligándoles a hacer uso de las armas. El comunicado atribuía la muerte de Gizaw a un grupo de agitadores «que intentan crear una situación apropiada para perturbar el orden», dejando entrever que se trataba de un arreglo de cuentas entre facciones estudiantiles rivales. El Ministerio de Educación ordenaba el cierre de la Universidad durante un plazo indefinido.

Etiopía se hallaba pues, en plena fermentación revolucionaria. A finales de noviembre, la policía anunciaba que había desarticulado un complot antigubernamental dirigido por el antiguo héroe nacional de la lucha contra el fascismo italiano, Takebe Woldehawariat. Se había descubierto una bomba colocada en un camino por donde debía de pasar el emperador y eran detenidas ocho personas complicadas, aunque Takebe —que, anteriormente, había sido detenido por complot y amnistiado por el emperador debido a su glorioso pasado— se suicidaba antes de ser arrestado.

Mientras tanto, Haile Selassie concentraba sus esfuerzos en la política exterior. El 1 de abril se entrevistaba en Londres con el primer ministro británico, Wilson, para tratar de la guerra de Nigeria. El 18 de abril intervenía, en Monrovia, en la reunión de la OUA sobre el citado conflicto, declarando en un discurso que «ambos bandos parecen haber llegado al borde del agotamiento, en materia de desorganización económica y de sufrimientos humanos, por lo que es posible que lleguen a mutuas concesiones» para la firma de un armisticio. Finalmente, insistiendo en un tema predilecto, Rhodesia, en un mensaje que dirigía en mayo, con ocasión del décimo aniversario de la OUA, Haile Selassie afirmaba que «la fuerza es el único lenguaje que comprenden los regímenes coloniales y racistas. Los nacionalistas africanos deben recurrir a la fuerza y a la lucha armada para obtener su libertad y su independencia».

En nueve años transcurridos desde el fracasado golpe de Estado, Etiopía se encontraba inmersa en una agitación de doble vertiente: una, que re-

JULIO COLA ALBERICH

clamaba la liberalización del régimen, y otra, que tendía a la secesión eritrea. Ambas corrientes eran muy poderosas y dejaban sentir su huella erosionando la base del régimen imperial. De forma callada—puesto que la Administración silenciaba este asunto—se desarrollaba la tragedia del hambre que todos los años cobraba un elevado tributo de víctimas. Son tres factores que conjugados habían de desmontar, cuatro años más tarde, el armazón del viejo Imperio.

JULIO COLA ALBERICH